

1. Hijo de Geala

Saber qué fue lo que ocurrió.

Sucumbe la tierra y nadie pregunta.

A mí me importa menos. A mí y a los que somos como yo nos importa la vida. Avanzar confiando.

Vida es lo que no valoran. Gente, humanos. Se creen dioses, dueños de lo que no hicieron pero son las víctimas de su propio veneno. Ellos son los animales negros.

—Huye.

Fue mi último consejo.

—Sus almas huelen a sangre.

Y se llevaron a mis hermanos muertos.

A mí y a los que somos como yo nos importa la vida. Nadie pregunta y solo seguimos.

Pero no veo peligro en ella. Humana con alas. ¿Qué hay en sus ojos?

Ir con la niña perdida, entender su voluntad.

Nadie quiere saber qué fue lo que ocurrió.

Yo quiero ver que es lo que ocurrirá.

Tengo sed.

2. Origen

—Ya sé que tienes sed... —suspiro.

Desmonto mi bisonte. Sé que mi peso consumido no le puede cansar. Origen es muy fuerte pero la espuma asoma por su boca y eso significa que está exhausto así que prefiero andar a su lado.

El sol cruel y la carencia de nubes provocan el clima tibio y eterno de este mundo. Como cada día la neblina sucia nos ahoga el respirar.

Estudio el mapa que nos improvisó el posadero de Parament.

—Llevamos medio día andando. Creo que no nos hemos desviado así que llegaremos al próximo pueblo antes del anochecer —compruebo resiguiendo con el dedo la línea que hay dibujada en el trozo de tela roñosa.

—Venga, colega. Un par de horas más y te prometo que te compraré un barril de agua sólo para ti.

Sonrío mostrando los dientes y Origen responde con una mirada jadeante.

Vuelvo a guardar el mapa en una de las bolsitas de piel que cuelgan de su lomo y en su lugar desato una cantimplora metálica con la esperanza de hallar agua para un sorbo.

—¿Ves? Ni una gota... —le digo decepcionada mientras la vuelco hacia el suelo demostrándole que está vacía.

Para entretenerme, sacudo con la mano el polvo que descansa sobre mis cabellos naranjas y empiezo a peinarme la tercera trencita que adornará mi corta y desgreñada melena.

El sonido rítmico del choque constante de los bártulos que cuelgan del lomo de Origen es nuestra música. Voy pateando las piedrecillas y los restos de basura que veo por el suelo. Alguna vez he encontrado

pequeños tesoros como las múltiples pulseras o collares que llevo, con abalorios y plumas. Parecen hechos por las tribus de los Naturande y me gusta combinar sus accesorios con la ropa que uso, ropa confeccionada antes de la Pausa.

El aburrido vasto desierto de piedra y las sombras ruinosas de edificios gigantes desordenan el horizonte... El paisaje nos intenta confundir con la inconstancia de sus formas pero al final nada cambia y a mis ojos el mundo es siempre el mismo en todas partes.

Origen gruñe.

—Ahora a la izquierda —digo al distinguir la urbanización abandonada que salía indicada en el mapa.

La luz anaranjada del ocaso nos ilumina en la última parte de nuestro trayecto. Las largas sombras de las edificaciones alcanzan nuestros pies como almas suplicantes.

Empiezo a coger prendas del lomo de Origen. Primero me coloco por encima el poncho hecho a mano, disimulando mi casi inexistente silueta femenina gracias a mis rasgos aniñados y a mi falta de pecho. Luego me cubro parte del rostro con mi sombrero desgastado, de copa pinchada, alas grandes y borde semi curvo.

Desato mi bastón: un palo de madera de sauce que mide metro setenta y que está decorado en el extremo superior por un aro que contiene una red floja en su interior. Ésta está adornada con plumas que cuelgan y una piedra anudada en la red. Compruebo apretando mi puño izquierdo que llevo el guante puesto. Un curioso guante corto de piel fina que sólo me cubre el dedo índice.

Me disfrazo para esconder mi identidad y me armo por lo que pueda pasar. El mal acecha en los caminos que conectan los pueblos pero también se esconde entre los habitantes de cualquier villa.

El mal vive en Geala.

Antes de conocer a Origen, mi paso era lento y eso me hacía más vulnerable. Ahora, desde que me topé con mi enorme amigo, siempre viajo con su compañía, su seguridad, su fuerza y su velocidad.

Nos conocimos hace unos pocos años. Yo me arrastraba en uno de mis viajes para encontrarme a mí misma, para responder a mis preguntas. Él se hallaba vagando por una llanura seca buscando algo que llevarse a la boca. Me sorprendió verlo y sobretodo verlo solo. Había

leído sobre estas magníficas y enormes criaturas en los viejos libros que teníamos en casa pero nunca había visto uno vivo. Ver animales es algo demasiado inusual... Y ver animales salvajes y exóticos aún lo es más.

Aquel día causalmente había conseguido almendras, naranjas y un par de lechugas. Lograr esos alimentos me había costado duros días de trabajo y pensaba consumirlos sabiamente pero la belleza y majestuosidad de ese animal me obligó a ofrecerle las hojas verdes y frescas de mis dos hortalizas recién adquiridas.

La bestia me siguió. Supuse que su manada había sido capturada o aniquilada. Un bisonte muerto equivale a una gran fortuna: alimentación, abrigo, combustible... Yo valoro más su compañía y ayuda que su peso en dinero aunque ir acompañada por un bisonte a veces supone un problema añadido por llamar la atención y por el valor que tiene éste en una subasta.

No obstante, ahora es mi amigo y si sigo a su lado es porque le quiero.

—Allá vamos —me digo a mi misma mientras compruebo tener suficientes luzdans.

El luzdan, la nueva y única moneda de Geala. El gobierno propuso usar fragmentos de espejo, cortados y pulidos siempre de la misma forma circular y del mismo tamaño pequeño, fáciles de portar. Los espejos son un elemento difícil y costoso de reciclar, perduran miles de años y hoy en día no tienen ningún valor. Nadie necesita verse, nadie quiere reconocerse como la imagen de quienes condenaron el planeta. Como símbolo de vergüenza y arrepentimiento, pagamos con nuestro reflejo, tal vez para no olvidar nunca quienes fuimos, quienes somos y quienes no debemos ser.

Sobrepasamos el primer cartel que nos indica la entrada al pueblo de Sane mientras me ajusto el viejo sombrero para que me cubra bien el rostro.

Pienso en mi don.

Pienso en si encontraré alguna explicación.

Me pregunto si habrá más gente como yo.

Me pregunto por qué yo.

La experiencia me impide trazar una ilusión y me recuerda la permanente decepción.

No creo encontrar nada.

Pero no consigo evitar pensar en si habrá Energía aquí.

3. Mundo

Sanee no tiene nada de especial.

Otro barrio que resiste entre las cenizas de la sociedad.

Otro pueblo nacido entre mugre y suciedad.

Ciudades de polvo, ruinas y recuerdos muertos de la humanidad.

Sanee es otro lugar en medio de la nada, como la mayoría de pueblos de Geala. Una agrupación de edificios derribados. Una villa desigual, cambiante y provisional. Sábanas tapando agujeros, barro disimulando grietas, tablones de madera reforzando paredes... El plástico y el metal encontrado en las afueras son el único material de construcción. Rincones anárquicos, estructuras dispares y calles laberínticas. Basura ignorada habituada a nuestros ojos.

Una calle se define como la principal por ser la más ancha y larga y tiene el orgullo de estar presidida por la entrada de la aldea. Es en esa calle donde se concentran los negocios: tiendas, bares y posadas... En ocasiones se organiza mercado. Al final de la calle principal se encuentra la casa del alcalde, la mejor conservada.

La mayoría de poblaciones intenta sobrevivir en una misma localización el máximo de tiempo posible, abasteciéndose de los recursos naturales que les sean más próximos o más fáciles de obtener. Sin embargo, muchas veces esos recursos se agotan o desaparecen y los habitantes emigran. Es común ver pueblos nómadas que buscan un lugar mejor donde adaptarse. Lo esencial es encontrar un lugar donde aún quede un poco de agua, algo que parece imposible.

El alcalde debería ser el hombre o mujer más querido por el pueblo. Aquel en quien todos confían y aquel escogido para dirigir los éxodos y guiar al pueblo durante los viajes itinerantes. Una vez establecidos en

un lugar, el alcalde debe ser la figura que represente orden y justicia y será quién mantenga contacto con Utos.

Y el alcalde obedece cualquier orden que provenga de Utos, nuestro gobierno. Utos vende la imagen de un sistema ideal en el que se concibe una sociedad perfecta. Ellos fueron los primeros en intentar organizar Geala tras la Pausa. Nunca nadie se ha opuesto a su mandato. Hoy emerge la esperanza desde la profundidad de la gente y todo se lo debemos al gobierno, que consiguió estructurar los restos supervivientes y miserables de esta sociedad.

Sanee es bastante grande. Tienen la suerte de poseer algún campo de cultivo alrededor del pueblo así que eso significa que conocen un buen método para conseguir agua.

Encontrar un refugio junto a los escasos restos de un lago, río, pozo... El sueño de toda población. El otro modo es comprar agua a los agüeros. Los agüeros son transportistas que viajan desde las regiones donde hay mar. El océano es el único lugar donde aún queda agua en cantidad. Mediante el método de desalinización se consigue el agua potable que luego se envía a los pueblos con los que hay un acuerdo pactado.

Ya está oscuro. Lo primero es encontrar un lugar donde pasar la noche.

Las letras azules de «Comida y camas» pintarrajeadas en la pared de un edificio estrecho de tres plantas me invitan a entrar. Origen espera fuera.

—Buenas noches —digo con voz masculina, sin ser exagerada—. Quiero agua y hierba seca para mi montura y cena y cama para mí —me dirijo al hombre de mediana edad, escaso cabello, vestimenta humilde y amable expresión que se encuentra detrás de la barra.

—Muchacho, por veintisiete luzdans te puedo ofrecer la comida y la habitación, pero lamento decirte que vamos cortos de agua. La poca que nos queda te saldrá por el triple de su valor original.

Los ojos del propietario parecen no mentir aunque me inquieta el leve hastío que añade en su tono. Acepto su oferta y le doy los veintisiete luzdans que me pide más treinta más por un litro de agua. Origen me matará cuando me vea salir sin el cubo antes prometido.

—¿Cuanta hierba come tu montura?

—La suficiente para que la cena le dure dos horas. Es un bison- te —recuerdo como me desagrada cuando Origen se pasa el tiempo masticando el bolo alimenticio que crea y mantiene hasta su próxima comida.

—¡No es posible! ¿Un bison- te has dicho? —el hombre sale rápidamente de la barra para situarse a mi lado y apoyar su mano sobre mi hombro—. ¡Fides! ¡Has oído? —la mujer de pelo peinado hacia atrás en un sencillo recogido que está sirviendo en una de las mesas más cercanas nos mira y sonríe marcando rasgos cansados.

—Si quieren pueden salir a verlo. Es joven y manso —añado.

—¡Fides! ¡Despierta a Nadine! —la mujer reparte los últimos platos y sube por las escaleras que hay a la derecha de la barra—. Nadine es nuestra hija. Ella ama a los animales. Dice que cuando sea mayor quiere viajar para investigar qué animales se pueden encontrar aún en estado salvaje. ¡Le encantará ver tu montura y oír vuestra historia! A la hierba invita la casa.

La niña saltó las escaleras y apareció luciendo un alegre pijama. Dejé que alimentara a Origen y éste acepto jugar con ella. Yo conté como le conocí mientras degustaba un simple pero sabroso conejo acompañado con arroz que me dio las proteínas que necesitaba. Tras la cena me dirigí a la habitación asignada y sin apenas esfuerzo, me dormí profundamente.

4. Proteger el agua

Abro los ojos con algo de dificultad y miro a mi alrededor para recordar dónde estoy. Luz blanca entra por una ventana de aluminio sin cristales y una cortina translúcida abre paso a la brisa y los rayos del sol. El suave murmullo de las voces de los mercaderes. Esto es Saneé.

Mis ojos se acostumbran a la dolorosa claridad e intento dibujar los elementos que me rodean. La cama, un colchón en el suelo con sábanas parcheadas y desconjuntadas. A mi derecha está la puerta de madera que da al rellano, pintada tantas veces para esconder su mal estado que ya ni puede ajustarse bien cuando se cierra. Al lado de la puerta hay una silla de oficina con ruedas pequeñas y con algún roto por donde sale la espuma amarillenta. De la silla cuelga mi poncho, mi sombrero y el resto de mi ropa.

Me destapo y me siento en el borde del colchón. Las sábanas huelen a limpio, lavadas a mano con jabón artesanal. Me levanto y empiezo a vestirme. He dormido en muchos sitios y reconozco que éste es uno de los más cuidados.

Me enfundo la camiseta y me subo los tejanos. Antes de taparme con el poncho, me ato el grueso cinturón para que los pantalones no se me caigan al suelo ya que no son de mi talla. Creo que son de hombre. Luego me inclino para anudarme los cordones de las deportivas de lona y caucho. Me coloco el guante de diseño extraño en la mano izquierda y me ajusto bien el sombrero. Al salir me aseguro de que el bastón sigue apoyado en el marco de la puerta.

Voy bajando las escaleras de granito, frías y grises, mientras pienso en la mejor forma de investigar mi enigma.

—Sólo tenemos agua para un par de días más... Apenas nos queda algo para nosotros... ¿Cómo vamos a ofrecérsela a los viajeros que lleguen? —me sorprende la voz de la ya no tan tranquila Fides que grita en un tono que se asemeja más al llanto.

—Fides, cada vez hay menos clientes... La gente consume lo mínimo para economizar más. Si no ganamos suficiente dinero, no podremos pagar. Tal vez deberíamos plantearnos otra solución... Travis y su familia consiguieron ahorrar lo suficiente para mudarse a Parament y creo que les va mejor ahora...

Al entrar en el bar me encuentro a Calvin, propietario de la posada, sentado en una de las mesas y descansando la frente en la palma de su mano. Fides se mantiene de pié, con un brazo en jarra y el otro apoyado en el respaldo de la silla que hay frente a Calvin. Ella parece estar acariciando la madera del asiento con el suave y reincidente movimiento nostálgico que dibuja su mano.

—¿Hay algún problema? —Pregunto.

Me siento inútil ante tal obviedad de pregunta... La elocuencia nunca fue mi fuerte. No sé qué decir y me siento mal por haber interrumpido la conversación de la pareja.

—¿Que te apetece desayunar, cariño? Puedo ofrecerte arroz blanco y... ¡Ah, nos han llegado cereales de Basiver esta mañana! También tenemos limones de Citronne, todo un lujo, o bien también hay... —empieza Fides en un intento de disimulo aunque sus ojos brillan delatando su inestabilidad emocional.

—Anger —interrumpe Calvin dirigiéndose a mí con el falso nombre masculino que le proporcioné anoche—. Siento decirte que has llegado en un mal momento. No sé si tenías pensado quedarte durante mucho tiempo, pero en Saneé hay un grave problema con el agua. Será mejor que consigas provisiones lo más pronto posible y sigas con tu viaje porque tal y como está la situación aquí, las cosas se pondrán feas.

Calvin me mira fijamente y su rostro amable desaparece mostrando unas arrugas serias y marcadas. Fides solloza.

—Calvin, Fides... He viajado mucho. Tengo la experiencia de haber visitado muchos pueblos y he visto como se organizan. Contadme lo que pasa y tal vez pueda ayudar a...

—No, Anger. No seas inocente. Lo que ocurre aquí no tiene solución. Tu ayuda sería inútil.

—Ya basta, Calvin —esta vez es Fides quien interrumpe a su compañero—. Si quieres saber qué es lo que ocurre, te lo contaré. Eres un viajero y podrías explicar nuestra situación allá donde vayas. Tal vez eso nos ayude... Tal vez alguien venga... ¿Qué de malo puede pasar?

El hombre gira su cabeza en un gesto brusco, marcando su desacuerdo.

—Anger, te voy a explicar nuestro problema —sigue ella—. Llegamos a esta región antes de que Nadine naciera, calculo que hará unos nueve años aproximadamente.

Fides me mira a los ojos y después los cierra suavemente arqueando ligeramente las cejas.

El tiempo.

No se cuentan las horas que pasan. No hay cálculo de la existencia. Días, meses y años pasan sin importar. Los relojes fueron muriendo tras la Pausa y ahora vivimos en la aproximación. Cuando es necesario, nos guiamos por los ciclos del sol y la luna, pero resulta tedioso recordar largos periodos de tiempo. No hay clima que nos proporcione estaciones y a nadie le interesa la duración del presente, la llegada del futuro o la historia del ayer. Se vive el hoy, se subsiste en el ahora. Ni siquiera yo sé la edad que tengo... Tal vez haya cumplido ya los veinte pero qué importa.

La mujer traga saliva, se sienta y con la mano me ofrece sitio en la misma mesa. Me acomodo frente a ella, con Calvin a mi izquierda. Entonces Fides suspira y sigue:

—Al principio parecía un milagro. Llevábamos tiempo viajando de manera itinerante, asentándonos puntualmente en lugares pobres y prácticamente vacíos. Me acuerdo de que cuando estaba embarazada de Nadine, sólo acampábamos con lo puesto y nos alimentábamos de lo que nos ofrecían los vendedores ambulantes que nos encontrábamos por el camino, gastando lentamente los pocos luzdans que aún nos quedaban. Fue un milagro no cruzarnos con ninguna banda de saqueadores.

»Una mañana, cuando sólo habíamos hecho que empezar a andar otra vez sin rumbo ni destino, alguien divisó la silueta del edificio más alto de ésta villa asomándose por el horizonte. Al acercarnos fuimos viendo que la zona conservaba en muy buen estado la gran mayoría de las construcciones.

»Pero lo que pareció un sueño fue descubrir que detrás de la pequeña región se escondía un extenso valle con tierras pantanosas. Agua. Agua conservada en ese bajo terreno donde tiempo atrás un río debió pasar. Puedes imaginar la felicidad que nos inundó...

»Thierry, nuestro alcalde, propuso obtener semillas para plantar arrozales y envió a un grupo a buscar a vendedores ambulantes que las vendieran. Con las hojas de espadaña, muy abundante aquí, conseguimos material para fabricar cestas y luego venderlas a otros pueblos. Eso ayudó a que nuestra economía reflatara y recuperamos los luzdans invertidos. También aprovechamos esa planta como verdura y su polen lo empleamos como suplemento alimenticio.

»Gracias a los pastos de la ciénaga, encontramos una gran variedad de aves y pequeños mamíferos como patos, gansos, conejos de monte o comadreas y nos dedicamos a criarlos para abastecernos de su carne.

»Thierry también nos hizo construir bombas de agua y hasta el momento cada habitante de Saneé podía obtener el agua necesaria para consumo propio de manera gratuita, siempre usándola de manera consciente, ya que teníamos muy claro que algún día el agua se acabaría y tendríamos que volver a empezar de cero en otro lugar... O eso o contactar con el servicio de los agüeros.

»El agua era para beber, lavar platos, ropa o bañarnos. Nosotros, que vendemos agua a los comerciantes extranjeros y a los viajeros, la comprábamos pagando un precio razonable en relación al precio que suele tener el agua en Geala.

»Por otro lado, como la región es bastante grande y tenemos edificios vacíos, decidimos aceptar a todo aquel que se encontrara perdido y solo. Siempre ofrecíamos cobijo ya que no le deseamos a nadie lo que vivimos antes de encontrar Saneé. Sólo hay una condición para vivir aquí: cada uno tiene una tarea en el pueblo y debe cumplir con ella. Ya sabes, gente que se dedica a cultivar, otros crían animales, hay quienes compran, venden o intercambian nuestras materias en los pueblos cercanos y viajan para negociar, otros se dedican a reparar... Al fin podemos vivir según las leyes propuestas por el gobierno de Utos.

Calvin se levanta y se pone a trastear detrás de la barra para luego aparecer con un vaso que tan solo tiene un dedo de agua dentro. Fides apenas moja los labios dejando el contenido intacto. El posadero me

sirve zumo de limón y me añade una cucharada de raíz de regaliz en polvo para endulzar la bebida. Entonces Fides se aclara la garganta y sigue con su historia.

—Hará tres o cuatro meses llegaron tres hombres. No tenían hogar ni adonde dirigirse. Les ofrecimos una casa y un trabajo pero al cabo de unos días aparecieron dos hombres más. Luego llegaron tres y después cuatro y cada vez eran más hombres los que aparecían de la nada pidiendo ayuda y compasión. Ahora mismo calculo que son unos veinte o treinta... No es que sean muchos, pero nos escondieron algo cuando llegaron... Algo que nunca tuvimos en Sane: armas de fuego.

»Nuestra fuerza de seguridad Segutth es débil y apenas está bien organizada... No podemos enfrentarnos a ellos.

»Repartidos estratégicamente por todo el pueblo nos controlan y conocen todos nuestros movimientos. El líder, Devereux, puso unos cuantos hombres cubriendo la zona pantanosa y cuando Thierry fue a preguntar qué hacían allí, Devereux le dijo que sus hombres estaban protegiendo el agua. Al poco tiempo ese mafioso mal nacido empezó a pedir al alcalde un sueldo para los guardianes del agua... Thierry quiso negarse pero no había mucho que hacer: Devereux le dejó claro que sin luzdans, no hay agua para los habitantes de Sane.

»Así que, impotente, el alcalde anunció que los hombres de Devereux pasarían cada siete días aproximadamente para recolectar cien luzdans por persona adulta a cambio del permiso para obtener el agua que antes era gratuita.

—El precio que nos pide lo podemos cubrir con nuestro salario... —continúa Calvin en un tono serio pero más relajado—. El problema es que si queremos agua para venderla nos la cobra a un precio desorbitado y eso luego nos obliga a vender el agua a treinta luzdans el litro.

Los foráneos de un pueblo suelen pagar diez luzdans por litro de agua. Cuando Calvin me ofreció un litro por treinta, me sorprendió, pero sí que es cierto que en ocasiones los agüeros no llegan a su destino cuando está previsto y mientras se espera su llegada, el precio del agua puede aumentar de manera considerable. Que un litro de agua valga más de diez luzdans siempre es algo puntual. Lo que no hubiera imaginado es que, teniendo agua cerca, un litro pudiera ser tan caro.

El mal en Geala y las listas sanguijuelas.

El gobierno de Utos nunca se involucra en los problemas del extraradio de la capital ya que suficiente trabajo tiene intentando organizar y hacer reflotar Geala. Para eso están la fuerza de seguridad de cada municipio, la Segutth. En todas las aldeas hay una construcción que sirve a modo de calabozo o incluso prisión.

La Segutth siempre está compuesta por los hombres y mujeres más diestros en la lucha y el manejo de armas (si las hay) de cada localidad y en Saneer parece que la Segutth no es su punto más fuerte. La Segutth de Saneer no es un elemento inquebrantable ya que ni siquiera estaba estructurada cuando la mafia llegó.

Otra vez.

Otra vez me encuentro cara a cara con el ruego, con el problema, con el abuso. Esta no es la primera injusticia ni será la última. Cavi-
lo sobre si lo debo hacer. Yo puedo ayudar. ¿Debo ayudar? Siempre lo hago. Viajo en busca de gente como yo y en su lugar sólo encuentro trabas, desafueros, súplicas... Y luego desaparezco. ¿Es éste mi propósito en la vida? ¿Sin hogar? ¿Sin vínculos? Siempre sola. Nunca tuve las cosas claras y nunca supe si Geala merece mi Energía. Tal vez sea esa mi única opción. Tal vez mi sino es velar, custodiar la vida de todo aquel que se halle en este cuerpo celeste sin luz. ¿Y yo que es lo que quiero? ¿Tengo opción a escoger? Aunque lo vi claro una vez...

Estamos los tres hundidos en nuestros propios pensamientos, Fides sujetando el vaso de agua con ambas manos y moviéndolo en círculos, haciendo bailar el poco líquido que hay dentro. El hipnótico movimiento que me había atrapado se ve interrumpido cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Fides, Calvin! ¡Rápido, a la plaza del ayuntamiento! —grita entre jadeos un hombre vestido con un delantal que tras su aviso desaparece corriendo.

Los tres nos lanzamos una rápida mirada interrogante y salimos del bar. Fuera, Origen come las hojas que le ofrece Nadine, que está sentada en el bordillo de la posada.

—Nadine, cielo, si alguien quiere entrar dile que el bar está cerrado pero que en nada volvemos.

—¿Adónde vais, mamá?

Pero no obtiene respuesta porque al salir nos dirigimos hacia la derecha precipitándonos hacia el final de la calle principal donde un edificio ancho y blanco se alza tras una pequeña y redondeada plazoleta de adoquines.

En la plaza espera medio pueblo reunido. Imagino que están los representantes de cada familia para enterarse de lo que sucede y luego contar las noticias en casa.

Arriba, en la segunda planta del edificio de fachada cruda sobresale un balcón con baranda de piedra donde un hombre alto, rubio, moreno y con la piel curtida por el sol, se asoma para dirigirse al pueblo.

Oigo a la gente murmurar quejas e insultos en voz baja así que deduzco que ese hombre debe de ser Devereux. Al fijarme más en él, me doy cuenta de que sonrío cínicamente y nos observa con los ojos entreabiertos. Parece un lagarto arrugado.

Detrás del mafioso descubro a un hombre no muy alto y de complexión ancha que parece avergonzado. Lleva puesto un gorro de pescar y no consigo verle la cara. Creo que está mirando el suelo. Será el alcalde Thierry.

Mis ojos se posan ahora en la puerta que da al balcón y entre la oscuridad del interior de la casa distingo dos siluetas con armas alargadas. Rifles. Los perros guardianes de Devereux...

—Estimado pueblo —empieza diciendo el reptil en un tono alegre y musical aunque su voz es seca y tan arrugada como el rostro de su dueño—. Como el máximo representante del servicio de protección del agua de Saneé que soy, debo informaros de que el sistema no funciona.

De repente su tono se vuelve desmesuradamente triste y las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo, dibujando una mueca exagerada.

—Mis empleados trabajan duramente durante horas y no reciben el sueldo que merecen. Conozco familias que han tomado la dramática decisión de abandonar Saneé para no tener que pagar... Otros que antes compraban agua para vender ahora compran menos cantidad o incluso hay gente que ha cambiado de negocio para no tener que comprar más.

Devereux ladea la cabeza hacia los lados en un gesto de desaprobación. Los habitantes intercambian miradas preocupadas.

—Qué egoístas... Lo más importante para convivir en un pueblo es que todos trabajen y aporten su granito de arena. ¿No es cierto? Todos somos uno, todos somos Saneé —y sonrío con los ojos cerrados, tratando de demostrar una expresión honesta y confiada—. Nuestro señor alcalde tiene algo que decirnos.

El mafioso se aleja de la barandilla retrocediendo hacia atrás para que el tembloroso alcalde ocupe su lugar.

—Gente de Saneé... —dice el hombre en una voz misera mientras se quita el sombrero y lo sujeta entre sus rechonchas manos—. Para que el sistema funcione, a partir de ahora todos los habitantes deberán pagar su impuesto semanal al señor Devereux, incluso aquellos que no trabajen como los niños, enfermos y jubilados.

La reacción enfurecida de la gente gritando y maldiciendo era predecible.

—¿Cómo van a pagar los que no cobran un sueldo? —se queja un hombre que al instante es respaldado por demás voces.

Pero el alcalde, sudando y buscando comprensión con sus ojos redondos abiertos y asustados, continúa:

—Y debo añadir que queda totalmente prohibida la migración del pueblo sin un permiso que lo consienta —pausa para tragar.

Las manos del alcalde estrujan su sombrero. El pueblo no se mueve.

—Para conseguir dicha aprobación deberán dirigirse al señor Dev...

Gritos y empujes. Los habitantes estallan en cólera y la multitud se dirige peligrosamente hacia las puertas del ayuntamiento.

De repente una de las dos sombras armadas del balcón dispara al aire recordándoles que poseen armas. Armas de fuego.

—Quisiera recordar... Que cada habitante de Saneé debe colaborar... Así que... —el pequeño hombre coge aire—. Así que pido que cada trabajador vuelva a su puesto inmediatamente y... Y declaro que cualquier reunión compuesta por más de cinco miembros podrá ser penalizada con... Con la cárcel.

Dice finalmente Thierry con los ojos casi inundados de lágrimas y sin apartar la mirada de Devereux, que observa la escena desde la penumbra con expresión neutra e indescifrable.

Inmediatamente los protectores del agua aparecen de todos los rincones dirigiendo sus armas hacia el pueblo y éste no tiene más remedio que abandonar la plaza en silencio para retomar sus quehaceres. Yo sigo a la pareja hasta la posada.

Lo tuve claro una vez. Lo llevo escrito en mi piel. No puedo negar mi hado.

Decido que esta misma noche pondré fin a esta dictadura.